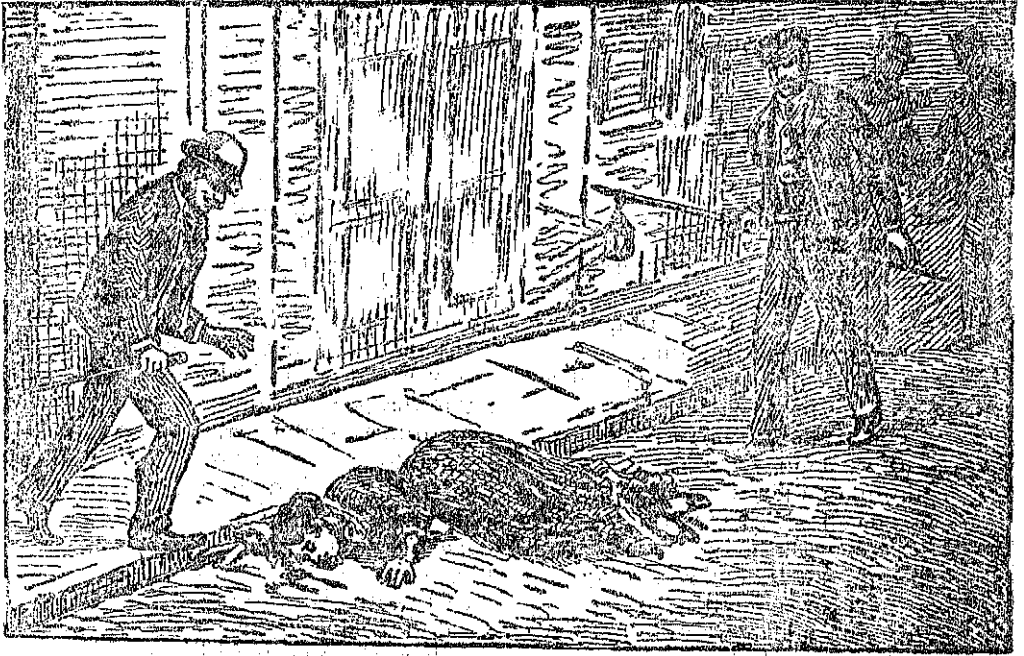


(Núm. 102.)

Los amores de una chula.



RELACIÓN VERDADERA

DEL

TRÁGICO FIN DE UNA MUJER MUNDANA

LLAMADA ANTONIA

MADRID

Despacho : Sucesores de Hernando, Arenal, 11.

R. 52982

PARTE PRIMERA

Manifiéstase en ella quién era Antonia, cómo se puso en amores con un majo nombrado Pepe, y las circunstancias de ambos.

En una ciudad heroica
de la espléndida Galicia,
rica, fuerte y pintoresca,
que es de extranjeros envidia,
y que el Atlántico arrulla
con sus olas nacarinas,
había, no ha mucho tiempo,
una infame mancebía,
de la que era torpe gala
una moza tan altiva,
que allí, como dondequiera,
era de primera línea.
Alta, esbelta y agraciada,
ojos negros, la tez fina,
Antonia—que este es su nombre,
fogosa y provocativa,
tenía á sus compañeras
de vergüenza y de desdichas
dominadas por su genio,
y, por su valor, sumisa.
Su voz era la más fuerte;
su opinión, la más seguida;
su parecer, consultado;
su voluntad, decisiva.
Ni la dueña de la casa
á sus gustos se oponía,
pues, aparte el beneficio
de su explotación indigna,
á Antonia consideraba
como temible pupila,
fácil en cuanto al escándalo,
pendenciera y vengativa.
Por esto, de todas ellas
era ésta su favorita,
tratándola con marcadas
deferencias expresivas.

Quiso el azar que á tal templo
de placer y de ignominia
fuera de broma una noche
cierto hombre de mala vida,
rico, joven, temerario,

mas perverso en demasía,
en cuyas maldades tuvo
la atención España fija
y que dió que hacer bastante
á las gentes de justicia.
El tal tiraba el dinero
en francachelas y orgías,
y su fama de rumbo
le acompañaba adonde iba,
pues siempre que *el Señorito*
iba de broma, bebía,
y en su embriaguez, derrochaba
de una manera inaudita.
Tal parroquiano, á las gentes
que viven de cosa indigna
halagaba por extremo;
mas nunca estaban tranquilas
temiendo los arrebatos
que siempre sobrevenían.
Por apodo le llamaban
Señorito, aunque maldita
la cosa que de ello hubiera
en su porte. Sólo explica
apodo tal, la fortuna
que heredó de su familia
y el ser ésta bien mirada
en la ciudad por su vida.

Pepe—puesto que José
era su nombre de pila,—
cuando hubo entrado en la casa
vió en el las miradas fijas
de aquellas torpes mujeres
que vendiendo sus caricias
prostituyen el amor
haciendo de él mercancía.
No á todas les fué simpático;
porque aun dentro de la sima
del vicio, se hallan conciencias
que á fraternizar no atinan
con esas perversas gentes

de condiciones malignas,
que sólo del mal disfrutaban
y hallan en ello alegría.
Antonia fué quien al verle
demostró mayor codicia
por atraer de aquel majo
las preferencias lascivas.
Altaneros ella y él,
no tardó la simpatía
en unirlos, que hay corrientes
misteriosas que aproximan
á los seres más dañados
y á las almas más torcidas.
Ella desplegó gran lujo
de torpes coquetías;
él la encontró de su agrado;
y en breve dueña y pupilas

celebraron tal consorcio
con vinos y golosinas,
entregándose sin freno
á la más tremenda orgía.

Iba á terminar la noche
cuando puso la fatiga
término á la francachela.
El sueño á todos domina,
y ebrios, cansados y roncós
de cantar, todos desfilan.
El Señorito y Antonia
á su amorosa porfía
se entregan, y luego al sueño;
la casa queda tranquila
y el vicio ufano reposa
cuando va á romper el día.

PARTE SEGUNDA

*En la que se da cuenta de las relaciones amorosas de Antonia y de Pepe
(el Señorito), con lo demás que verá el curioso lector.*

Entre la gente del bronce
coméntase aquel concierto
entre Pepe *el Señorito*
y Antonia, raro suceso,
pues ni ella ni él de constancia
ejemplo alguno ofrecieron,
hasta que, según se ha visto,
ella y él de amor al fuego
abrasados, tal enlace
criminoso contrajeron.
El vicio más refinado
(que ella era en esto un portento)
enloqueció *al Señorito*
y mantúvolo sujeto;
los regalos y derroches—
de que Pepe era maestro—
cautivaron á su amante,
la cual llegó hasta extremo
de sentirse enamorada
hasta no más de su dueño.
Y así deslizóse rápido
entre placeres el tiempo,

viviendo en uno y el otro
con sus amores muy ciegos.
Convites, joyas y trajes
daba Pepe, siempre espléndido,
á su Antonia, mientras ella,
presa de amor verdadero,
le regalaba caricias
y mil amantes obsequios.
Mas bajo de la apariencia
tranquila, latía el fuego
que en breve había de ser
origen de un mal funesto.
Para él aquellos amores
eran sólo un pasatiempo
que nada más vivirían
hasta que naciera el tedio,
en tanto que eran en ella
poderoso sentimiento
que la tenía sin vida,
sin paz, calma ni sosiego.
A medida que él notaba
crecer el aburrimiento,

ella sentía crecer
la tortura de los celos;
y al cabo la vida aquella
fué cambiando por momentos:
ella, por los celos loca;
él, cansado y violento;
sucediendo las pendencias,
los golpes y los denuestos
á las ardientes caricias,
á los regalos y obsequios.
Y á tal extremo las cosas
llegaron, tanto el tormento
fué por los celos causado,
que él se dispuso resuelto
á salir de la ciudad
á su amor buscando término.

En vano fué que la hablara
de negocios; del mal sesgo
que para sus intereses
tomaban las cosas... Presto
ella decía que todo
era no más que pretextos
para dejarla por otra;
que era nada más que enredos
y líos para marcharse.
Y cuando decía esto
Antonia, como una furia
poníase del Averno,
maldiciendo y blasfemando
sin tasa ni miramiento.

Él pagaba los insultos
con golpes y con denuestos,
y ella pagaba los golpes
con un amor aún más ciego
que de razón la privaba
cuando sentía los celos.
El escándalo era diario;
el malestar era eterno;
la vida era inaguantable;
inútil seguir viviendo
sujetos á tal martirio,
á tal disgusto sujetos.
Y cortando por lo sano,
Pepe dispuso en secreto
su viaje á Madrid, empresa
que pudo llevar á término
cuando ella menos pensaba
que tal hiciera su dueño.
No diremos lo ocurrido
á Antonia. Furor violento
estalló viéndose sola;
y cuando aplacóse luego,
en seguir á aquel ingrato
demostró todo su empeño,
no tardando en descubrir
de su Pepe el paradero.
Y como pensó lo hizo.
Libre, de ánimo resuelto,
y sin más ley que su gusto,
de Madrid el derrotero
tomó, sin pensar que allí
debía hallar fin funesto.

PARTE TERCERA

Que trata del fin trágico que tuvo Antonia, con otros detalles interesantes.

Noticioso de que Antonia
había el viaje emprendido,
Pepe trató de evitar
el tremendo compromiso
en que habría de ponerle
un escándalo. El peligro
era seguro, indudable,
y conjurarle, preciso,

pues aun vivía el recuerdo
del pasado infame, indigno,
que dió motivo á una causa
criminal, en que el patíbulo
cortó la vida de un ser
tras de un proceso tristísimo.
A solas con su conciencia
Pepe vió de aquel sombrío

pasado toda la historia
con sangre y con llanto escrito.
Una madre desgraciada
por defectos de su hijo,
que para seguir su vida
de vicioso y libertino
necesita la fortuna
de su madre; luego el juicio
oral, en que brotan cargos
de boca de los testigos
evidenciando los crímenes
de aquel ser malo, maldito.....;
el peligro de morir
del cadalso en el banquillo.....
Peligro del que, si escapa,
es sin honra, aborrecido,
detestado por los buenos.....;
después, lo hediondo del vicio;
la ignominia y la vergüenza
en las que vive sumido;
la sociedad que le odia,
criminales por amigos,
prostitutas por amantes,
sueño incierto é intranquilo;
y flotando en el ambiente
que respira, por castigo,
la maldición de una madre,
el odio mal contenido
de un pueblo que le detesta,
la miseria tras del vicio.....
¡Qué porvenir! ¡Qué presente!...
Aquel recuerdo sombrío
que presta fuego á sus ojos
y que acelera el latido
de la sangre, provocando
en su frente un sudor frío,
mortal; se junta á la idea
del escándalo vecino
con que le amenaza Antonia
si él la recibiera esquivo.
Por esto se halla dispuesto
á ceder, pues es preciso
que la atención no se fije
en él, hallándose vivo
el recuerdo del pasado,
porque aun puede hallar castigo
en el pueblo, lo que impune

quedó, por caso rarísimo.
A tal fin, Pepe le encarga
á un sujeto conocido
que reciba á su manceba
y la aconseje con juicio,
para que no abrigue ideas
de escándalo, pues de fijo
las consecuencias fatales
serían, grave el peligro.

La celosa á Madrid llegó
y de nuevo halla al querido
que de amor la tiene loca
y que aviva su cariño.
Hospédanse en una casa
inmunda de lenocinio,
y los pasados amores
siguen por el cauce antiguo,
ambos viviendo en la holganza,
sin más objeto que el vicio,
vegetando crapulosos
entre lo más corrompido.
Y otra vez vuelven los celos
á ser causa de martirio,
y otra vez vuelven los golpes,
y otra vez vuelve el hastio.
Y no hay salvación. Antonia
no echa el pasado en olvido,
y como una sombra sigue
á Pepe, porque es preciso
que no vuelva á abandonarla
como ha poco ha sucedido.
Tal vida es insoportable.
Antonia le da fastidio
con sus celos extremados,
con su pesado cariño.....
Y hay que sucumbir, no encuentra
salvación *el Señorito*.
Como única solución
que conjure aquel conflicto
diario de golpe y riñas
por los celos promovido,
Pepe discurre mudarse
á otro más decente sitio,
donde mujeres no haya
que á Antonia saquen de juicio.
Y de acuerdo con su amante,

la casa de lenocinio
dejan, y vanse de huéspedes
á otro lugar más pacífico.

Pasan por ser matrimonio,
y en su habitación metidos,
no salen durante el día
ni por ninguno son vistos.
Pero la noche ya entrada,
salen ambos de su nido
para ir á pasar el rato
entre dos ó tres amigos
en bromas y francachelas,
con guitarra, cante y vino.
Y esto se repite á diario,
un día y otro lo mismo.
De vez en cuando, los celos
de que aún arden dan indicios,
pero esto se pasa pronto:
Antonia obra ya con juicio,
y aunque de pronto enloquece,
recobra pronto el sentido,
hasta que dan en la broma
de asistir al mismo sitio—
entre otras muchas mujeres,
flor y nata del *oficio*.—
dos antiguas compañeras
de Antonia, las dos testigos
de la suerte de su amiga,
por conocer á su amigo.
La amante de Pepe vuelve
al celoso desvarío,
y una noche y otra noche,
pensando siempre en lo mismo,
cree que van á arrebatarse
al hombre que es su cariño.
Con esto vuelven los choques,
los furiosos desatinos,
los golpes y los insultos,
y mayores compromisos,
pues ellas, apercibidas
de tantos y tantos ruidos,
tratan de poner á Antonia
por su flaqueza en ridículo.
Cada vez que ésta las oye,
pierde el seso, pierde el tino,
y como una furia, loca,

pone á las dos como pingos.
Pepe pierde la paciencia,
haya ó no probado el vino,
y cruel maltrata á Antonia,
que se vuelve un basilisco.
Ruedan botellas y vasos,
los platos se hacen añicos,
la mesa patas arriba
queda, si no es hecha cisco,
y llueven las bofetadas
como si fuera granizo,
al son de las maldiciones
y de furor entre gritos.

Una noche ¡noche infausta
tras de una tarde de ruido,
los dos amantes salieron
enojados y sombríos.
Ni una palabra cambiaron
siquiera en todo el camino,
y en el colmado ya, poco
menos los dos que aburridos,
á conversar se pusieron
de Pepe con dos amigos.
Poco á poco fué animándose
la conversación; el giro
que tomó distrajo á Pepe;
empezaron los equívocos
y los chistes escabrosos,
los cuentos y chascarrillos;
y cuando todos reían
á más y mejor, lo mismo
que las noches anteriores,
se oyó en otro saloncillo
la voz de una de las hembras
que hablaba del *Señorito*.
Antonia, el rostro ceñudo,
dirigióse á su querido
con ironías y burlas,
y pronto el silencio se hizo...
Silencio que presagiaba
la tormenta. En vano vino
la intervención amistosa,
porque los celos malditos,
desatándose de pronto,
produjeron el conflicto.
Insultos y maldiciones

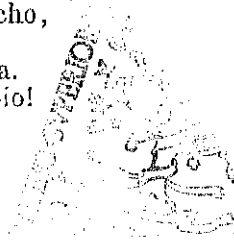
eran cambiados sin tino;
siguieron las bofetadas
con denuestos y gemidos;
no quedó sano en la mesa
objeto de loza ó vidrio;
Pepe y Antonia cogieron
para herirse los cuchillos,
y tan fuerte fué el escándalo,
que acudió gente á los gritos,
separando los amantes,
en aquel punto enemigos.
Con un amigo marchóse
Pepe, á arañazos herido
el rostro todo y las manos.
El peinado se rehizo
Antonia, y salió tras de ellos
con ánimo decidido
de continuar en la calle
el jaleo; pero quiso
la casualidad que un coche
pasara yendo vacío,
y Pepe y su acompañante
le asaltaron de improviso,
y á todo correr del penco
se alejaron de aquel sitio,
dejando á Antonia en la calle
diciendo mil desatinos
y profiriendo amenazas
en furioso paroxismo.

Las tres de la madrugada
serían ya de por filo,
cuando regresó excitado
aun Pepe á su domicilio.
Nervioso y lleno de cólera,
que siempre fué vengativo,
subió por las escaleras
maldiciendo su destino,
y cuando llegó á la puerta
abriéronla al punto mismo.
Antonia, que le aguardaba,
fué la que á su encuentro vino.
A su habitación pasaron,
y..... no se oyó ningún ruido.
.....
Dos huéspedes que dormían
allí, en el cuarto contiguo,

ni oyeron decir palabra,
no obstante de ser grandísimo
el silencio de la noche,
ni apercibieron indicios
de lucha ni de pendencia
dentro del cuarto vecino.
Sólo cuando eran las cuatro
percibieron el zumbido
sordo de un cuerpo que cae
de gran altura, y un grito
que lanzó Pepe, diciendo:
«¡Esa mujer me ha perdido!»

¿Qué pasó allí? No se sabe.
La policía intervino
y en la calle se vió Pepe
por los agentes cogido.
¿Fué que Antonia se arrojó
por el balcón? ¿Un suicidio?
¿O fué que la arrojó airado
su amante?..... Los dos vestidos
estaban; la cama, hecha;
el mobiliario en su sitio;
ni nadie oyó disputar,
ni de lucha había signos.

.....
Cerca de la acera estaba
de Antonia el cuerpo tendido,
magullado por el golpe;
el cráneo roto. Los mismos
agentes de autoridad
que acudieron en su auxilio
no supieron si al caer
estaba aquel cuerpo vivo.
Unos oyeron el golpe,
otros oyeron el ruido
de una vidriera al abrirse;
ninguno sobre esto dijo
cosa que diera más luz
al misterio. El detenido
fué ante el juez, y declaró
que la muerte fué un suicidio;
pero hasta aclarar el hecho,
fué llevado al *Abanico*
y encerrado en una celda.
¡Digno fin de tal principio!



Así aquella desgraciada
acabó. Vivió en el vicio,
y extraviada por él,
falta de moral sentido,
suicida ó asesinada—
que el resultado es el mismo,—
muy joven aún sucumbió
tras de un vivir tau sin tino.
Aprendan las desdichadas
que se lanzan al abismo
de lo inmoral, cuán amargos
frutos tendrá su destino;
pues en días de bonanza,
como en días de peligro,
si su corazón despierta
será para su martirio,
que el amor es bendición
para quien sigue el camino

del bien, y es castigo horrendo
para quien se entrega al vicio.
En la vida bochornosa
que el placer de los sentidos
sigue, las pasiones son
casi siempre el precipicio
donde la dicha sucumbe
para no encontrar alivio.
El estrago del deleite
es veneno tan activo,
que mata la juventud
y que extravía el espíritu,
y cuando el cuerpo envejece
y el alma muere en el frío
de la desesperación,
la vida es sólo un castigo.
¡Dios de aquella pobre Antonia
perdone los extravíos!

CONCLUSIÓN

En su celda solitaria,
allá en la Cárcel Modelo,
Pepe se acuerda de Antonia,
tal vez con remordimiento.
En otra ocasión estuvo
por distinta causa preso,
y en vez de hallar correctivo
salió peor, más perverso.
Pero aquella reclusión,
que vuelve loco al que es bueno,
acaso haga ver más claro
al que hasta ahora vivió ciego,
si es que no acaba sus días
de un presidio en el encierro.

La opinión horrorizada
por crímenes tan horrendos,
pide ejemplares castigos
para esos hombres funestos
que viven para hacer daño
constantemente á los buenos;
porque si no de otro modo,
daño hacen con el ejemplo;
que nada hay que desaliente
como ver impunes hechos
que repugna la conciencia,
repetidos con exceso,
sin que el castigo acompañe
á los que viven sin freno
revolcándose en el lodo
de los vicios más funestos.

FIN